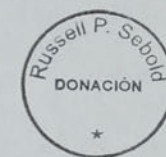


B. RIOS



DRPS
FA
595





B. RIOS



ESPERANZAS
Y
RECUENOS



Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRS FA / 0595

0300767739

BLANCA DE LOS RÍOS.

ESPERANZAS Y RECUERDOS



MADRID

IMPRESA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

—
1881

Al muy distinguido escritor, D.
José Ramón Melica, su admirador
y amigo afetuoso

Blanca de los Ríos

9, Marzo. 92.



ESPERANZAS Y RECUERDOS

EL ANGEL DE LAS AGUAS.

I.

Los rayos espectrales de la aurora
tras sudarios de niebla se filtraban;
sangriento lago semejaba el valle,
sepulcros de gigantes las montañas.
Era el amargo despertar del cielo
sobre el medroso campo de batalla,
y allí, despojos de la horrible lucha,
que las corrientes en monton arrastran,
la planta con la flor y el rojo fruto
pendiente aún de la abatida rama;
y cual vellones de apiñada nieve,
los corderos que inertes sobrenadan,
parecen sobre el cárdeno horizonte
las velas de una flota derrotada;
y cual negra cubierta de una tumba
el techo con la cruz de la cabaña,

So
7
9, 11

¡pobre colmena rota, en cuyo seno
su misteriosa miel amor labraba!
Y entre cendales de revuelta espuma,
como siniestra ondulacion del agua,
que ilumina fantástica la aurora,
rauda, medrosa, indefinible pasa,
allí una blanca forma, que voltea
con un espectro lívido abrazada,
allá una vírgen pálida y desnuda
con sus propios cabellos por mortaja.

II.

¿Qué es lo que flota, tembloroso y vago,
sobre las turbias olas encrespadas?
¿Qué presa más al fondo de los mares
arrastran ¡ay! las implacables aguas?
¿Es tal vez copo de cuajada nieve,
blanco jiron de niebla congelada,
cándido cisne sorprendido en sueños,
que inerte va sobre las muertas alas?...
No, no es cisne... no es niebla; es una cuna,
triste despojo que el turbion arrastra,
y en ella un niño va, como el capullo
que con el tallo el aquilon arranca;
cual perla sin cuajar que el torbellino
mece en su concha de cerrado nácar;

cual nido arrebatado donde duerme
huérfana el ave sobre muerta rama:
es el niño en la cuna, es lo más débil
con lo más puro de la vida humana.
¡La cuna!... El blanco nido que la madre
al tierno huésped de su amor prepara;
el florido bajel donde se mece,
ántes que el sér ansiado, la esperanza;
el cerrado capullo donde duerme
la inocente purísima crisálida;
el casto santuario que atesora
el sagrado depósito de un alma;
donde despierta la primer sonrisa;
donde se vierten las primeras lágrimas;
dulce regazo do la madre misma
recuesta al tierno sér de sus entrañas,
y blando, y tibio, entre sus blancos pliegues
el sonrosado cuerpo inmóvil guarda,
cuando invisible entre las sombras parte
á cita con los ángeles el alma.
Y allí el niño, el ensueño realizado,
sér de dos séres, víctima sin mancha
que en el altar sagrado de la vida
consume Dios con misteriosa llama;
el ídolo, la gloria de una madre
¡juguete de las olas desbordadas!
Inmóvil yace entre los blancos pliegues,
pálido y triste cual la luz del alba.
¡Murió, tal vez helado! ¡pobre niño!

¡ya se trocó la cuna en su mortaja!—
 ¡No ha muerto, no!... La muerte tuvo miedo
 de herir aquella frente inmaculada.
 ¡No ha muerto, no! que fueran dos traiciones
 en doble sueño sorprender un alma.
 ¡No ha muerto, no! Dormido va dos veces
 en los brazos del sueño y de la infancia,
 y sentado en el borde de su cuna,
 vela por él el ángel de su guarda.
 Temblando van las yertas manecitas
 que con besos su madre calentaba...
 ¡Su madre!... ¿Dónde está? ¿Por qué no viene
 y á costa de su vida no le salva?
 ¡No ha mucho le dejó!... Si fué ella misma
 quien puso su cabeza en la almohada;
 si ese sueño que áun duerme, fué su madre
 quien ha poco cantando le arrullaba,
 ¡mejor fuera morir!... Si fué su labio
 el que cerró tus párpados de nácar,
 no los vuelvas á abrir, ¡ángel dormido!
 si no has de verla más, ¡vuela á buscarla!
 Cuando despiertes ¡ay! no tendrás madre,
 dos enemigos sueños os separan:
 ella cayó en el sueño de la muerte,
 tú quedaste en el sueño de la infancia!
 ¡Madre!... Ese nombre las dormidas cuerdas
 agita y estremece de mi alma;
 madre es amor, aliento y existencia;
 hijo y madre es un sér, ¿quién los separa?

¿Qué inexorable mano hirió á la tuya
 que el hijo le arrancó de sus entrañas?
 ¡Quién sabe si en su pobre y duro lecho,
 soñando con tu imagen adorada,
 la sorprendió temblando algo muy frio
 que en torno de su cuerpo se enroscaba,
 como serpiente venenosa y muda
 cuyo abrazo de hielo oprime y mata,
 y al querer desasirse fluctuando,
 sintió que el frágil lecho se volcaba,
 y, luchando, al caer oyó el chasquido
 que al tragar una presa arroja el agua!
 Si, en el supremo instante de agonía,
 cuando la eterna sombra la cegaba,
 vió un arcángel de fuego con un rayo
 la puerta derribar de la cabaña,
 y por ella cual cisne de su nido
 salir la cuna temblorosa y blanca,
 pugnando con la muerte por seguirte,
 como un ave de luz inmaculada,
 también del yerto nido de su boca
 el espíritu alado se exhalaba.
 ¿Quién sabe si ese espíritu invisible
 te conduce por medio de las aguas?
 ¿Quién sabe si su cuerpo inerte y frio,
 aún esclavo obediente de su alma,
 arrastrándose en medio de las olas
 te seguirá con faz desencajada?...

Pero en el turbio cielo no amanece,
y yerto el pobre niño se estremece
con esa contraccion dulce, indecisa,
que es al borde del llanto una sonrisa.
Antes que le despierte el cierzo helado
y temblando de frio,
al buscar besos, y calor, y vida,
halle solo orfandad, llanto y vacío,
y sus párpados tiernos de azucena
se abran para llorar la mayor pena,
vén, ángel de la muerte, sin rüido,
envuélvelo en los pliegues de tu velo,
y si alguna mujer llora en el cielo,
esa es su madre; llévalo dormido!

¡Mas no! deten el presuroso vuelo,
no hieras esa frente tersa y pura,
donde la gloria del Señor fulgura;
ese inocente sér abandonado,
que ignora su peligro y su existencia;
que no porque el capullo esté cerrado
deja de contener toda la esencia!
¡No córtés de esa vida el frágil hilo!
Tambien un dia, sobre el ancho Nilo
flotó á merced de la corriente loca
el que arrancó las aguas á la roca,
el que cercado de celeste lumbre
habló al Señor tu Dios sobre la cumbre!

¡Ten por Dios; ten por Dios tu aliento frio
que mata y envenena cuanto toca!
¡tú, que en las flores hielas el rocío,
no hieles la sonrisa en esa boca!...
¿Quién sabe si ese niño abandonado
será tambien de Dios predestinado?
Sí... que en tu débil cuna, ¡ángel dormido!
como en la flor la tierna mariposa,
con tu dedo de rosa
las fuentes del dolor has cónmovido.
Que del árido mundo en el desierto
es más que fecundar la peña dura
del sentimiento remover las fuentes;
¡tú heristes en la roca, y á torrentes
se desató el raudal de la ternura!
Que en el supremo instante
en que un sér ignorado y generoso,
con la gloria del bien la faz radiante,
te arrancaba á la muerte valeroso,
si llorabas pidiendo
de tu perdida madre los abrazos;
si con la paz del ángel, sonriendo,
le abristes ¡ay! los ateridos brazos,
por rudo y fuerte que su pecho fuera,
debió sentir, estremecida el alma,
la conmocion que embarga á España entera;
esa dulce y suprema sacudida
en que vibra mezclada,

al dolor de la lágrima vertida,
la dicha de la lágrima enjugada!

¡Lloremos!... El dolor es un consuelo;
¡lloremos, sí, que en invisible giro,
el alma con las alas del suspiro
se remonta hasta Dios, y entra en el cielo!

Madrid, Noviembre del 79.



EL POETA.

Yo soy como el lirio que brota en la cumbre
Y el alba corona de azul tornasol;
Marchita su vida del cenit la lumbre,
¿Qué importa?... ¡le matan los besos del sol!

Yo bebo mezclados en copa de oro
Más goce que el mundo, más goce y más hiel;
Yo siento consuelos divinos si lloro,
Y hiere mis sienes de gloria el laurel.

Yo llevo en mi lira dormidas las notas
Que harán de ternura las flores temblar;
Yo bebo sediento del alba las gotas,
Y arrullan mi sueño las ondas del mar.

Yo soy como el viento, soy libre y potente: ✓
No acato ni tronos, ni espada, ni ley;
Delante del pobre doblego la frente,
La máscara arranco del rostro del rey.

Mi vida es un sueño, mi sueño la gloria,
Mi gloria delirio, delirio mi amor;
Mi espíritu rompe del mundo la escoria
Y bate sus alas del éter señor.

Yo miro en las noches serenas de estío,
Temblando, á los cielos la luna subir;
Y el beso del alba—¡cuán pálido y frío!—
Me anuncia que es fuerza tornar á vivir.

✓ Mi vista penetra detras de las nubes
Y rompe atrevida la bóveda azul,
Y ve cuando ciñen los blancos querubes
La frente del alba de perlas y tul.

El mar á mis ojos su seno delata
Mostrándome abierto su inmenso fanal,
Rodando en su seno los peces de plata,
Las algas, las perlas y el rojo coral.

Yo cruzo el Oriente, la cuna del mundo
Que mecen los mares de plata y azul,
Que arrullan las olas con eco profundo,
Que cubren los cielos de espléndido tul.

Do el sol en ocaso vertiendo el tesoro
De rayos que bajan en roja espiral,
Temblando en los aires cual garza de oro
Se posa en las ramas de palma oriental.

Do el negro coloso, que es tumba y es monte,
Envuelto de nubes en níveo capuz,
Arroja á las líneas del vasto horizonte
Miradas de siglos con ojos sin luz.

De telas de Oriente dormida á la sombra,
Sorprendo á la tribu que planta el real
Do quiera que el prado le tiende su alfombra
Y el agua desata sonoro raudal.

Contemplo, á la sombra de rotas arcadas,
Las nubias de boca de ardiente arbol
Dormir cual estatuas de bronce truncadas
Que besa en los labios un rayo de sol.

Del címbalo al eco que vibra sonoro,
Descubro, agrupadas con gala marcial,
Mil torres con flechas y lanzas de oro,
Cual hueste brillante de pompa oriental.

Y admiro, rivales del cálido Oriente
Que esquiva sus besos de ardiente arbol,
Las góticas torres del triste Occidente
Lanzarse atrevidas tras rayos de sol.

Contemplo la América, las islas en coro,
La Libia, que parte del sol el dosel;
Los cielos, los mares, los astros de oro,
Cual sombras de un sueño rodando en tropel.

✓ Yo siento en mi pecho, con eco profundo,
De inmensas pasiones las ondas rodar.
✓ ¡Parece que el alma gigante del mundo
En vaso tan pobre se quiso albergar!...

Venid, de estos siglos yo soy el profeta;
Mi acento arrebató los pueblos en pos;
✓ Oid de rodillas: ¡yo soy el poeta,
Yo soy en la tierra la sombra de Dios!...

Sevilla, Enero del 79.



EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON (1).

Pobre flor que en su mañana
Yace por tierra abatida;
¡Ay! fué tan corta su vida
Como la ventura humana!

Un mismo Abril se mecieron
Junto al Bétis nuestras cunas;
Mas ¡cuán distintas fortunas
Nuestras suertes dividieron!

Reina ayer, no me atrevía
A alzar hasta tí los ojos;
¡Ángel, deja que de hinojos
Te contemple el alma mía!

Ayer vírgen inocente,
Después reina soberana:

(1) Esta y la siguiente poesía fueron publicadas en la «Corona fúnebre» que con tal motivo formó el periódico ilustrado *La Academia*, bajo el pseudónimo de Carolina del Boss.

¡Claro sol de la mañana,
 Qué pronto vas á Occidente!
 Una aurora esplendorosa,
 Para tí de nueva vida,
 De blancas flores ceñida
 Lució tú sien candorosa.
 Y al desnudar tu belleza
 De la guirnalda nupcial,
 Con la diadema real
 Coronaron tu cabeza.
 Mas fué poco todavía
 Un cetro en glorias fecundo,
 O era quizás que en el mundo
 Tanta dicha no cabía!
 Y hasta el trono de tu amor
 Los ángeles descendieron,
 Y entre nubes te ciñeron
 Otra corona mejor.

Sevilla, 1878.



AL MISMO ASUNTO.

¡Ay! tanta juventud, tanta alegría,
 Tanto amor, tanta luz, tanta belleza
 Marchitos yacen como flor de un día!
 ¿Es que todo acabó? ¡O es que ahora empieza
 La gloria que en el mundo no cabía!
 ¿Por qué tan bella la gentil aurora
 De entre las sombras y la luz nacida?
 ¿Por qué la blanca perla que, escondida,
 Tiembla en el cáliz de la flor que llora,
 Cuando á beberla el sol viene sediento,
 El postrer rayo de la luz que hiera,
 La clara ondina que temblando muere,
 Estremecen del alma el sentimiento?
 ¿Por qué pasa tan pronto la ventura,
 Que el corazón la cuenta en un latido?
 ¿Es acaso de Dios estrella pura
 Que arranca al hombre de culpable olvido,
 Mostrándole su patria allá en la altura?

Fugaces cual tu cándida existencia
 Son ¡oh Reina! la paz y los amores,
 Que viven con la vida de las flores
 Fugaz la juventud y la inocencia.

Meteoro de luz, blanco lucero,
 ¿No habrá coronas para tí en la historia?...
 Angel de paz, tu trono está en la gloria,
 Tu triunfo es el dolor del mundo entero



CANTOS DE OFELIA.

La dulce Ofelia, *la razón perdida*,
 Cogiendo flores y cantando pasa.
 (BECQUER.)

I.

La triste Ofelia soy; me llaman loca
 Porque mi angustia á la razón invoca,
 Y al fin pierde la calma;
 Porque he sentido la acerada punta
 Del desencanto desgarrarme el alma;
 ¡Porque no hay quien responda á mi pregunta!

Siendo el amor la fuente de la vida,
 ¿No será un crimen extinguir la fuente?...
 Si el que asesina á un hijo es parricida,
 El que mata un amor ¿no es delincuente?

Si una mujer ardiente, apasionada,
 Cual lo son los querubas,
 Encuentra al fin la realidad soñada;

Si encuentra al sér que imaginó en las nubes;
 Si bebe la demencia en su mirada,
 Y aquel amor, por su fatal estrella,
 No es del sér adorado comprendido...
 ¿Qué guardais para ella?
 ¿Qué le aconseja la razon?... ¿Olvido?...

¿No habeis medido nunca esta palabra?
 Cuantas divinas esperanzas labra
 Dentro del corazon el sentimiento,
 Todo un mundo de sueños realizado...
 ¿Puede arrojarse al viento,
 Sin arrojar con él todo el pasado?...

Olvido es negacion, abismo, nada,
 Y un alma que despierta apasionada,
 Con idólatra anhelo,
 Pone en el sér dulcísimo que adora
 Cuanto ve, cuanto siente, cuanto ignora,
 Su fe, su porvenir, ¡hasta su cielo!
 ¡Amor, para ella, es Dios! ¡Borrad ahora!
 Borrad, borrad de un alma inmaculada
 Los sueños, el amor, el idealismo,
 Que borrais á Dios mismo...
 Y en aquella existencia destrozada
 Vereis surgir la realidad desnuda...
 Lo que queda es más negro que la nada...
 ¡Lo que queda es la duda!

II.

Si el pensamiento, cuando en sí no cabe,
 Confunde en lo insondable su albedrío,
 ¿Culpais al Oceano, siendo el rio?
 ¿Qué es la humana razon... ni quién lo sabe?

¿Y árbitros sois de la razon ajena,
 Porque sois infinitos, los pequeños?...
 ¡Los que teneis la fuerza de la arena,
 Sufrid las olas y el simún por dueños!...

La razon... la razon... ¡gentil palabra!
 ¿Jamás ha de salvar el pensamiento
 La corrompida atmósfera que labra
 La humanidad dormida con su aliento?...

Mefítico vapor, órbita impura
 Del pensamiento... ¡inmensa nebulosa!...
 Si el genio hace la luz, ¿no es la locura
 La que enciende la chispa fulgorosa?...

.....

III.

¿No veis cuál brota rayos mi dolorida frente?...
 Mi faz esparce llamas, mi cráneo es trasparente...

¡Cómo su disco ensancha la inmensa claridad!...
 ¿No veis? yo tengo un nimbo, yo tengo una aureola,
 Mirad... mirad cuál crece... ¿por qué me dejais sola?
 ¿Y ese tropel de sombras será la humanidad?...

¿No veis? ya soy un rayo, que vuela y se desprende;
 Mirad, ya soy el disco de un astro que se enciende;
 Ya he roto de las sombras el fúnebre capuz;
 ¡Ya para mí no hay noches, mis ojos las alumbran!
 ¿Qué tienen mis miradas? ¿os hieren, os deslumbran?...
 ¿Sabeis por qué no duermo?... ¡porque yo soy la luz!...

Las cuerdas de mi lira se vuelven rayos de oro;
 Mis notas son de perlas raudal claro y sonoro;
 Mis labios son de fuego, mis besos de arrebol...
 Mis sienes son dos alas... ¡se escapa mi cabeza!...
 La tierra entre las sombras á sepultarse empieza.
 No... no, es que yo me elevo... ¡Como que soy el sol!...

¿Por qué, mientras más subo, más descender deseo?
 Soy sol, pero estoy ciega; soy luz, pero no veo...
 Soy luminar que encierra la noche en su interior.
 ¡Tal vez cuando era cuerpo los astros me envidiaban!
 ¡Dentro de aquella sombra los soles se filtraban!...
 ¡Memoria! ¿qué fué aquello? ¿Fué por ventura amor?...



HERCULANO Y POMPEYA.

Miradlas... ellas son las dos hermanas
 Que del Tirreno duermen á la orilla;
 La luz crepuscular cárdena brilla,
 Y las ondas lejanas
 Que, apresurando su eternal carrera,
 Arrastra el mar en rápidas corrientes,
 Volviendo van las espumosas frentes
 Para verlas quizás por vez postrera!
 Miradlas: en la frente de Herculano
 Brilla del arte la divina llama;
 Pompeya, triste mártir de la fama,
 Alza el tridente en la derecha mano.
 Hija del mar y del Vesubio esclava,
 Coronada de rojas amapolas,
 Duerme al eterno canto de las olas
 Sobre un lecho de espumas y de lava.

¡Ciudades infelices!... ¡cuán serenas,
 De la Campania entre las gayas flores,

Abrasadas dormís en las arenas
Soñando con la dicha y los amores!

Mirad... mirad, espléndidos fulgores
Derrama el sol, y tiembla en los espacios,
Como vago fantasma, densa nube,
Que hasta los cielos atrevida sube...
¡Pero no la mireis!... ved los palacios,
Deslumbrantes en mármol y en colores,
Las esbeltas columnas, coronadas
De capiteles, que entreabrir parecen
Las hojas de sus flores entornadas,
Las que do quier en sus verjeles crecen;
Los templos, los altares, las legiones
De estatuas donde el genio centellea;
Donde alienta la idea
Por quien serán los dioses inmortales.
Los templos, los soberbios mausoleos,
Y al lado de las urnas funerales,
Los circos, los inmensos coliseos,
Y los arcos triunfales
Coronados de pompas y trofeos.

¡Cuán ricas en mosaicos y en colores
Se ostentan en Pompeya
La patricia mansion y la plebeya!...
Parece que la hermosa
Ciudad para sus bodas se engalana,
Y cuando el sol poniente de oro y grana

Tiñe su frente de encendida rosa,
Alza Herculano la marmórea frente
Para ver á la hermosa recostada
A la orilla del mar resplandeciente.

Pero la nube crece
Y hasta el cielo levántase altanera;
Como gigante copa de palmera
Desplégase, y la tierra se estremece;
Ensánchase do quier sus negras ramas,
Y cual monstruo de fúlgidas escamas
Enroscada en su tronco serpentea
Fugaz culebra de rojizas llamas!

Cual si el inmenso corazon del mundo
Se estremeciera, con temblor que espanta
El seno de la tierra se levanta;
Y el mar, que en él yacia adormecido,
Diespiértase iracundo
Y huye despavorido
Al ver que el sol se envuelve en densa bruma
Y roja luz en el Vesubio brilla,
Dejando abandonadas en la orilla
Conchas y peces entre blanca espuma.

¡Vuelve, cobarde mar, á la ribera;
No apagues, sol, tu disco refulgente;
Tristes ciudades, levantad la frente,
Que os abandona la creacion entera!

¡Levantaos, ciudades desgraciadas;
 Por la playa desierta
 Huid como las olas desbandadas!
 Mirad la luz que en los espacios arde;
 Es la roja pupila mal cubierta;
 ¡El Vesubio despierta!
 ¡Huid!... no: ¡de rodillas! ¡que ya es tarde!

Como gigante globo transparente
 Henchido de rubíes y topacios,
 Brilla inmensa la nube en los espacios;
 Y á su luz, la aterrada muchedumbre
 Que se agita insensata, los palacios
 De dorada techumbre,
 La cuadriga triunfal que huye ligera
 Sobre el mármol de altivo monumento
 Cual si escapar la muerte pretendiera,
 El hondo mar y el ancho firmamento
 Se convierten en piélago sangriento.

Huye la multitud, ciega de espanto,
 En carros, en caballos y en bajeles,
 Y envueltos de las sombras en el manto,
 Chocan jinetes, carros y corceles.
 Y en su carrera loca
 Las naves que le pesan á la espalda
 Estrella con furor sobre la roca
 Ese eterno verdugo de esmeralda!

Mas brilla el rayo, y á su luz sangrienta
 La siniestra columna se agiganta;
 La tierra de sus ejes se levanta,
 Y la nube revienta!...
 Puéblanse de centellas los espacios,
 Bajo torrentes de encendida lava
 Doblan los muros la cerviz esclava
 Y ruedan en el polvo los palacios.

Huyendo cual palomas desbandadas,
 En su delirio ciego,
 En el mar, en los campos, en las cumbres,
 Como espigas segadas
 Por la segur de fuego,
 Ruedan las indefensas muchedumbres!

Busca ansioso el avaro su tesoro,
 La madre tras sus hijos va sin calma...
 ¡Y el avaro se funde con su oro,
 La madre con los hijos de su alma!

Ya no hay tierra ni mar; el firmamento
 La bóveda del Tártaro parece:
 Gigante de tendida cabellera,
 Inmensa furia que provoca el viento,
 La devorante hoguera
 Bajo su horrible sombra resplandece.
 Creciente llama el horizonte cierra,
 Cual si el volcan, en su vehemencia loca,

Lanzara hirviendo por su negra boca
 Las ardientes entrañas de la tierra!
 Revuelto torbellino en torno gira,
 Que enciende con furor el rauda viento;
 Y en medio de aquel piélago sangriento
 Arden dos pueblos en inmensa pira!

Tal vez de los abismos, inhumano
 Maldito habitador del fuego eterno,
 Surgiera entre las llamas del Averno
 El que incendió tirano
 En una noche de placer á Roma;
 O cómplices quizás del mismo vicio,
 Por cima de Pompéya y Herculano
 Cruzaran por gozar en su suplicio
 Las sombras de Babel y de Sodoma!



A ROMEA.

(EFÍMERO DE LAS GLORIAS DEL ARTISTA DRAMÁTICO.)

«No puede morir Romea.»

I.

Aun España con afán
 Oye su voz que suspira
 Como el titán que respira
 Bajo el cráter del volcan:
 Verdes las palmas están
 Que pregonan su victoria;
 ¿Y decís que, transitoria,
 Su gloria con él murió?
 ¿Pues cómo lo he visto yo,
 Sino á través de su gloria?

II.

Trasforma el mármol la idea,
 Y el mármol, lo más inerte,
 Conserva en su eterna muerte

La chispa que mundos créa.
 La cúpula gigantea,
 La soberbia catedral,
 Son la firma colosal
 Del artista en los espacios,
 Y son templos y palacios
 Cuerpos de un alma inmortal.

III.

Sus creaciones, llamas rojas
 Que volaban en tropel,
 Trasmite el hombre al papel
 Con sus sueños y congojas:
 Si las páginas son hojas,
 Porque las dispersa el viento,
 Como las hojas sin cuento
 Vengan del tiempo el ultraje
 Brotando como el follaje
 Del árbol del pensamiento.

IV.

Pero el músico, el actor,
 Esos artistas que al viento
 Dan el alma con su acento,
 ¿Serán, como el ruseñor,
 Pasajero trovador
 De la enramada sombría,

Flor animada de un día,
 Cuerda de la lira rota,
 Fugaz y perdida nota
 De la eterna melodía?

V.

¿No es el mundo el escenario,
 Do, al empezar la jornada,
 Llega el alma disfrazada
 Ante un público adversario?
 ¿Sayal ó armiño nefario
 No son en la sociedad
 Disfraces de la verdad?...
 ¿No es tener el alma llena
 Del mundo, ser en la escena
 Cifra de la humanidad?...

VI.

Cesó el cortesano azote,
 Y alzó el genio la careta
 De la infamante carreta
 Donde la halló Don Quijote:
 Del destino al duro bote
 Mordió el polvo el orgulloso;
 Cegó la ruina el foso;

Y en el lodo del desprecio
Cayendo el magnate necio,
Se alzó el histrion victorioso.

VII.

Siglo insigne que acrisolas
De la gloria los emblemas,
Del oro de las diademas
Forjando las aureolas,
¡Salve, que al progreso inmolas
Las vencidas tradiciones!
Que del arte en las regiones,
Donde el genio dicta leyes,
Son histriones los reyes,
Y reyes los histriones.

VIII.

Ceñir sin merecimiento
Vieja corona heredada...
¿No es lucir gloria prestada,
Pobre oropel de un momento?
¿No es más torpe fingimiento
En la escena de la historia?
¿No es más inmortal victoria
Conmover á una nacion;
Ceñir, por aclamacion,
La corona de la gloria?...

IX.

Del humano sentimiento
Pulsar la lira sagrada;
Ser la poesía encarnada;
Condensar en un momento
Un mundo de sentimiento;
Ser de la pasión el grito,
Animar al verbo escrito,
Arrebatar, conmover
A todo un pueblo, ¿no es ser
Ráfaga del infinito?

X.

Cuando en inspirado són
Vibra la palabra humana,
Esa nota soberana
Del arpa de la creacion,
Y en poderosa tension,
El pueblo ansioso, latente
Vivir en el verbo siente
Del mismo Dios el aliento
Y brota del sentimiento
La fecunda y pura fuente:

XI.

Cuando empieza á palpar
 El entusiasmo animado,
 Y el aplauso, vivo, alado
 Se agita, pronto á volar;
 Cuando empieza á respirar
 La gloria, y bebe el actor
 De su aliento embriagador
 Y á todo un pueblo enajena,
 ¡Entónces sobre la escena
 Baja un rayo del Tabor!

XII.

Si á despecho de la muerte,
 Donde ya no existe el hombre
 Flota con el alma el nombre
 Y en un astro se convierte;
 Si al ígneo rayo que vierte
 Nueva luz el genio créa;
 Si, en el cielo de la idea,
 El sol que alumbra una edad
 Irradia en la eternidad,
 No puede morir Romea.



A FLORENTINA AMADOR DE LOS RIOS.

No te conozco, niña; pero te veo:
 A ver si te retrato con mi deseo.
 Eres, blanca sonrisa de la mañana,
 Redonda y sonrosada cual la manzana:
 Es tu cara tan blanca como el armiño;
 Tienes alma de ángel, cuerpo de niño;
 Que brillan en tu rostro, luz de consuelo,
 La hermosura del mundo con la del cielo,
 Como en aquellos séres de casto brillo
 Que del niño y del ángel forjó Murillo.
 Es capullo entornado tu boca leve,
 Y son tus piecitos copos de nieve.
 Jamás tu vírgen planta pisó este suelo;
 Aun no eres tú del mundo, ni ya del cielo,
 Dormida entre dos mares, niña, resbalas;
 Aun no mueves las plantas, ya no las alas.
 ¿Qué sabes tú los males que el mundo encierra,
 Si debajo del cielo, sobre la tierra,
 Te ciernes, con el vuelo de las palomas,

Y te da el cielo nubes y el valle aromas?
 Como en el horizonte la blanca luna,
 Entre el cielo y la tierra tiembla tu cuna,
 Entre el cielo y la tierra, querub dormido,
 Los brazos de tu madre te prestan nido.
 Por eso ella hácia el cielo su ángel levanta,
 Porque no toque el polvo su vírgen planta.
 No des el primer paso, no, niña, espera
 A que tienda su alfombra la primavera,
 Que así, cuando esté el mundo de flores lleno,
 No manchará tu planta su inmundo cieno;
 Y deja que entre tanto tu madre, niña,
 Con tus tiernos bracitos su cuello ciña,
 Y que al mecer tu cuna, bajel de flores,
 Tu amante padre olvide tantos dolores.
 Que tú eres de esperanza la mensajera,
 Tú el sol de su mañana, ¡su hija primera!
 Él, que un tiempo dudaba con desconsuelo...
 Míralo de rodillas, ángel del cielo!



EL SOÑADOR.

¿Qué me quereis?... De sueños y de aurora
 Tengo yo un mundo, que invisible habito.
 ¿Qué quereis del autómata inconsciente,
 Cuando se exhala el desligado espíritu?...

¿Qué es la aparente forma abandonada
 De ese todo impalpable que la anima?...
 ¿No veis cómo en su ausencia fiel conserva
 La expresion que le imprime á su partida?...

¿Por qué me haceis volver? ¡sois muy crueles!...
 Sin nido, sin amor, voy como el ave
 Buscando el cielo... ¿y me arrojais el dardo,
 Ahogais la libertad hasta en el aire?...

¿Qué tiene el pobre soñador, el alma
 Que desasida de la tierra vive?...
 ¿No os basta desterrarla de este mundo,
 La perseguís tambien en lo invisible?...

¿Qué le espera al bajar, qué encuentra en cambio?
Do quiera tiendo la espantada vista,
Sólo encuentro el desierto inmensurable:
Dejad que en él la esfinge, muerta, viva.

Dejad que en él la calcinada esfinge,
Cual engendro del viento y las arenas,
Viva enclavada; sus pupilas mudas
No abrasa el sol, ni el remolino ciega.

Y el alma, en tanto, desasida, libre,
Volando en pos de misteriosa esfera,
Se arroje sobre el puente del abismo
Que atraviesa temblando la conciencia.

Cómplice de la luz, el alma tiene
Sus misteriosas citas en el cielo:
Mientras, sumisa, la materia guarda
Su fe, su amor, sus formas y su verbo.

¿Qué importa?... Compañera inseparable
De esta mitad de tierra, ella le imprime
Su propio sér, y al par que en otros mundos,
Llora en sus ojos, y en sus labios rie.

Mientras el cuerpo, guardador sumiso
De su divino sueño, inmóvil vela,
Llanto, sonrisas, ráfagas de lumbre
Para él recoge entre las nubes ella.

¿Qué encuentra allá en lo ignoto? ¿Dónde abate
Su vuelo inmaterial, dónde se posa?
¿Con qué intangibles elementos lucha?
¿Cuál es allí la luz, cuál es la sombra?...

¿No tendrá escena el formidable drama
Del alma en los abismos?... ¿Quién lo niega?...
¿No se negaban ántes mutuamente
Las dos opuestas fases de la tierra?...

¿No detuvo atrevida la ignorancia
Los diamantinos ejes de su carro,
Mientras paraba en medio de los cielos
El vuelo audaz del pensamiento humano?...

¿No se detuvo el mundo, por dejarle
El hemisferio de la sombra eterna,
Ni en su menguado cráneo se detuvo
Por su tormento la indomable idea!

¿Guttenberg y Colon, dos soñadores
Que encontraron dos mundos en sus sueños!
¿Dos locos que la tierra trasformaron!
Si esos los locos son, ¿qué sois los cuerdos?...

¿No es la poesía la divina loca
Que enseña á la razon, la dulce ciega,
Que levanta la antorcha en el camino
Para que avance la segura ciencia?...

¿No es la augusta somnábula que vuela
Cual blanca nube sobre abismo ignoto?...
¿No os orientais, viajeros de las sombras,
A la luz de su lámpara de oro?...

¿Qué sois vosotros... el rebaño humano
Que á fuerza de pasar abre una senda!
¿Por qué atacais como sangrientos lobos
Al que á la tierra prometida os lleva?...

¿Por qué atais al Moisés del pensamiento
Sobre el frágil bajel de su esperanza?
¿No basta que, juguete de las olas,
Lleve la tempestad dentro del alma?...

¿No es el poeta el vaso transparente
Donde bulle encerrado el fuego eterno?
¿No muestra al mundo las gigantes llamas
Que funden la razon y el sentimiento?...

¿Qué más quereis?... Mis sueños, mis insomnios,
Mi propia fe, mi vida, hasta el latido
Del corazon oculto, hasta la sombra
Del pensamiento os doy... ¿Qué tengo mio?...

La soledad, la sombra, nada, todo...
¿Quién sigue al alma en su incansable vuelo?...
Sólo el dedo de Dios, en lo insondable,
Marca la línea do se abate el viento.

Rebelde, ardiente, agitadora, grande,
Bella como Luzbél, surge la idea,
Revuelta cruza la region del fuego
Y al fin se cierne en la celeste esfera.

¡Con cuán inmensa gratitud postrado,
Deshecho en llanto y luz, se vuelve al cielo,
Cuando salta en la arena de otros mundos,
Perdurable Colon, el pensamiento!

Yo soy el pobre soñador; clavados
Siempre mis ojos en ignotos mares,
Ven surgir de sus olas intangibles
Vírgenes mundos de esplendor radiante.

¿Por qué me perseguís? ¡Yo, pobre arista,
Busco la inmensidad!... Pero no os temo:
¡Venid en pos de mí, buitres del mundo;
Cuanto más me acoseis, más alto vuelo!...

Sevilla, Febrero de 1880.





EL AGUILA.

Sobre montañas de eternal granito,
Se levanta atrevida al mismo cielo
Gigante roca, de perenne hielo
Que toca con la frente el infinito.

Hiere el sol sus cristales de soslayo;
En derredor las nieblas se disuelven;
Rotas las nubes su cabeza envuelven,
Y en torno de su sien se forma el rayo.

El sol la cubre de amaranto y grana;
Cruza á sus piés la cándida gacela;
La blanca luna en su cristal riela,
Y nace entre sus quiebras la mañana.

Baja la tarde, de arrebol ceñida,
Por el limpio cristal de su pendiente,
Y deja en tanto su soberbia frente
De diamantinos soles encendida.

Antes que apague sus antorchas bellas
La tarde, que á sus plantas se reclina,
Se arranca su corona purpurina,
Y coloca en su sien nimbo de estrellas.

Cuando al soplo de rudos aquilones
Vuelan las nubes cual rasgados tules,
Y siniestros relámpagos azules
Brillan tras de sus negros pabellones:

Cuando el nublado las colinas toca;
Cuando á sus piés se forma la tormenta,
Con la luz que los cielos ensangrienta
Ciñe su frente la soberbia roca.

Allí el Aguila audaz tiene su nido,
Do no se atreven á subir las flores,
Alumbrado del rayo á los fulgores,
Al borde del abismo suspendido.

Amante de la luz, reina del viento,
Abre sus alas cuando el sol las dora,
Y bebiendo las perlas de la aurora
Se lanza en el azul del firmamento.

Mundos descubre que en su seno oculta,
Tras velos de zafír, la luz del día,
Y la tierra á sus piés, muda y sombría,
En sudarios de niebla se sepulta.

¡Oh, cuál en torno del rosado Oriente
Forman los rayos troncos de brillantes,
Cuántos soles adornan centellantes
El alcázar del sol resplandeciente!...

Sácia el Aguila allí su afan profundo;
Entre mares de luz suspende el ala,
Y sobre el éter sin sentir resbala,
Y olvida que á sus piés existe un mundo.

Mas ¡ay! que ha de volver... y en su caída
Rueda por el espacio deslumbrada,
Y al contemplarla en sombras sepultada
¡Cuán triste encuentra la mundana vida!

Y si al bajar, por burla de la suerte,
Tras gozar de los cielos la hermosura,
Clavan sus alas en la roca dura...
¡Piadoso el rayo que le diera muerte!...

Aguila es el humano pensamiento
Que, al desprenderse de la inerte roca,
Sube á las nubes, y los cielos toca
Y avanza más allá del firmamento.

Materia inerte, á la materia atrae
El triste seno de la madre tierra,
Y en dura cárcel, implacable, encierra
Al pensamiento, que vencido cae.

Y el espíritu allí—¡lucha cruenta!—
Al ver que nunca lucirá sus galas,
Cual águila oprimida, con sus alas
Azota su prision y la ensangrienta.

¡Así mi corazón, dentro del pecho,
Clavado como en roca de granito,
Mira un cielo de amor, un infinito,
Y salta en su prision pedazos hecho!..

Sevilla, Noviembre de 1878.



EL TIEMPO.

Todo es bello en horizonte...
De léjos abrupto monte
Es templo de oro y zafir.
Para el alma, en lontananza,
Es Oriente la esperanza
Y es el astro el porvenir.

La juventud es la aurora
Que sonríe, tiembla y llora
Cuando presiente su sol:
Horas ¡ay! que resplandecen,
Tan breves se desvanecen
Como besos de arrebol!...

Cuando al cenít llegó el día,
Cuando tu alma y la mia
Sintieron su plenitud,

El tiempo, que era una fuente,
Se convirtió en un torrente,
Que ahora se trueca en alud.

Al tiempo nació sujeta,
Para que fuera incompleta
La humana felicidad;
Que amar es gozar el cielo
De Satán con el anhelo,
Gloria sin eternidad.

Ni en el dudoso momento
Cabe el raudo pensamiento
Ni la incierta aspiración;
Ni el amor, que mundos labra,
Cabe en la fugaz palabra
Ni en el débil corazón.

Tiempo, naciste maldito;
Tú eres hijo del delito,
Iris y muerte de Adán.
Tú eres la vida que avanza,
Con su nimbo de esperanza,
Con sus alas de Satán.

¡Oh inquietud de la ventura!
Si con alas de locura
Volabas entre los dos;
Si en la dicha eres demencia,

En las sombras de la ausencia
Eres maldición de Dios.

Tiempo horrible, yo te veo
Con los ojos del deseo
Que desesperas cruel;
¡Ay! yo en las noches calladas
Siento las raudas pisadas
De tu incansable corcel.

Tú eres monstruo, tú eres hidra,
Tú eres péndulo y clepsidra,
Ritmo de mortal canción,
Donde salta á cada nota
Una vida, cuerda rota
Del arpa de la creación.

Como en el aire la esencia,
Va en el tiempo mi existencia
Cuando vuela junto á tí;
Pero de tu lado ausente,
La vida es sordo torrente
Que se desborda de mí.

El espacio limitado
Es el cauce do encerrado
Va el tiempo á la inmensidad;
Si salva el cauce sombrío...

¿Quién busca en el mar al río,
Ni al tiempo en la eternidad?

Ciego padre de esas horas
Que engendras y que devoras,
Tiempo, constante morir,
Onda turbia y desbordada
Que ante mi vista espantada
Vas borrando el porvenir;

Yo te siento, en mi demencia,
La espantosa confluencia
De lo infinito salvar...
Y allí las almas... ¡Dios mio!
¡Se pierden como el rocío
Entre las olas del mar!...



LA NOCHE.

Húndese el sol, y ansiosas de su lumbre
Las nubes, que su beso se disputan,
Se agrupan en revuelta muchedumbre
Sobre la cima del lejano monte,
Y al sentirlo espirar en horizonte
Sus blancas frentes en la sombra enlutan.

Lento recoge el Angel del Ocaso
La púrpura que el sol dejó á su paso;
Bórranse del azul las rojas huellas;
Apáganse en el aire los sonidos,
Y al dormirse las aves en sus nidos
Despiertan en el cielo las estrellas.

Al sentir de la noche los halagos
Se levantan las brumas de los lagos,
Se evaporan del pecho las angustias,
Y de tal hora en la solemne calma,
Como las hojas que en su tallo mustias

Al soplo de la noche á ser empiezan;
Sacudiendo el dolor y las congojas,
Vuélvese á Dios el alma...
Y ¿cómo no rezar, si hasta las hojas
Se levantan y rezan!...

Las sombras impregnadas de beleños,
Como las olas de la mar, en calma
Lentas avanzan impeliendo el alma
A las ignotas playas de los sueños.

Leves ráfagas cruzan; no son nubes,
Son las sombras de nítidos querubes
Que del azul resbalan tras el velo,
Con sus flotantes túnicas de gasa.
Brillan los astros más... ¡es que Dios pasa
Y se avivan las lámparas del cielo!

Como se dobla el junco en las orillas
Cuando se acerca el manantial de plata,
Al sentir que en mi pecho se desata
Del comprimido llanto la corriente,
Dóblanse temblorosas mis rodillas
Y más libre hácia Dios vuela mi mente.
¡Así del lago en el cristal sereno,
Cuándo en su fondo el cieno busca al cieno,
Brilla el cielo más puro y transparente!

¡Siento en mí despertar algo divino!
Como la blanca y tímida paloma
Que se alberga en el árbol del camino;
Cuando ni un eco de la tierra siente,
Levantando en su nido la cabeza,
Tembloroso mi espíritu se asoma
Y se encuentra los cielos frente á frente.

Y entónces ¡ay! cuando en reposo inmenso
Duermen la tierra y el azul sombrío,
Cual blanca nube de abrasado incienso
Vuela hasta Dios el pensamiento mio.
Y ¡con cuánta grandeza,
Sin nubes y sin velos,
Habla en la noche azul y sosegada
Al alma, siempre inquieta y alterada,
Siempre tranquilo Dios, tras de los cielos!...

Dudais de que habla Dios; ¡ay! yo he sentido
La augusta voz que oyeron los profetas,
Vibrar dentro del alma, sin sonido,
Como el arpa que escuchan los poetas.

Oid: era una noche en que la duda
Venenosa y sutil me perseguía;
Destrozada mi alma combatía
Al tirano impalpable, en lucha muda.

Para robarle de la fe la calma,
 Enroscada en mi frente,
 No al corazon buscaba la serpiente,
 Buscaba á la razon, la Eva del alma,
 Que por gustar la ambicionada ciencia
 Arranca ansiosa el maldecido fruto...
 ¡Sin ver que de la ciencia son tributo
 La fe del corazon y la inocencia!

Y al mundo, que dormia,
 Mi espíritu exaltado preguntaba:
 —¿Si todo en polvo y en miseria acaba,
 Cuál es tu suerte aquí, cuál es la mia?—

Tú, siglo, que naciste en la penumbra,
 ¿Ignoras si esa luz que te ilumina,
 Esa luz que se mezcla con tu sombra,
 Es el sol del pasado que declina
 O el sol del porvenir que ya te alumbra?

Y ante esa duda mi razon se asombra;
 Mi pensamiento, ciego y deslumbrado,
 Duda del universo y de sí mismo,
 Y, temblando en el borde del abismo,
 Quisiera con la fuerza de un conjuro

Resucitar la sombra del pasado
 Y evocar el fantasma del futuro.

Quisiera que sentándose en la tumba,
 Entreabriera el pasado los jirones
 De su sangrienta y pútrida mortaja,
 Y me mostrara el entreabierto seno
 Do el torrente del mundo se derrumba,
 Do ruedan confundidas las naciones,
 Donde, rama por rama, se desgaja
 El árbol de la vida sobre el cieno.

Y rompiendo las leyes del destino,
 Subir quisiera hasta ignorada altura,
 Y al astro sorprender, que aún no fulgura;
 Descubrir del abismo en lo profundo
 El misterioso y lóbrego camino
 Por donde llega el porvenir al mundo.

Pero ¿á dónde me arrastra mi locura?...
 ¡Quiero saber cuanto el abismo encierra,
 Cuanto esconde en su fondo el Oceano,
 Cuanto guarda el azul del firmamento!...
 ¡Todo el que oculta y rige es un tirano,
 Que está conmigo y mi razon en guerra!...

¡Miserable razon, loco ardimiento!...
 ¡El pasado... el secreto de la tierra!...
 ¡El futuro... de Dios el pensamiento!...

¿Y quieres tú leer, demente y ciega,
 Lo que el dedo de Dios jamás ha escrito,
 ¡Su pensamiento, impenetrable lumbre!
 Si no puedes del alto de la cumbre
 Ver el espacio inmenso, no infinito,
 Por donde el globo, tu prision, navega?...

¡Y entónces... desde el alto de los cielos,
 Rodaba mi razon, ángel caído,
 Cual águila caudal que el vuelo abate!...
 Y al borde de la fuente del olvido,
 Cual gladiador vencido en el combate,
 Anhelaba apurarla gota á gota,
 Intentando borrar, en su demencia,
 Su propio pensamiento, su existencia...
 Para borrar con ella su derrota.
 ¡Mas inútil locura, vano empeño
 De la humana impotencia!
 Cuanto más los persigue la impaciencia,
 Se alejan más el sueño y el olvido.
 ¡En vano, oh Dios, mi espíritu rendido
 Llamó en su ayuda al fugitivo sueño!
 Como al poder siniestro de un conjuro
 La tierra, tumba inmensa, se entreabría,
 Turbando de la noche el aire puro
 Y de esqueletos el tropel surgía...

Y el fantasma espectral, la informe duda,
 Vertiendo en su mirada el desconsuelo,

Mostraba al triste pensamiento mio
 La materia ruín, sucia y desnuda,
 Como esqueleto descarnado y frio,
 Cuyo cráneo vacío
 Era la inmóvil bóveda del cielo.

Y en vano, como el náufrago que lucha
 Buscando ansioso la anhelada tabla,
 Mientras rugir la tempestad escucha,
 Buscaba yo una luz en lo pasado,
 Imploraba un consuelo á mi memoria...
 Que el fantasma cruel, entre la escoria,
 Mostrábame un sepulcro abandonado...
 —¿Qué debes á ese Dios?— su voz siniestra
 Dentro de mí gritaba.
 —¡No es Dios, no es Dios—clamaba—
 El que siembra la muerte con su diestra!...

Y mi espíritu herido
 Y emponzoñado por el monstruo insano,
 Exclamaba:—Si Dios no es un tirano,
 ¿Por qué, madre y amor, os he perdido?—
 Y... ¡todo ajeno á mi dolor seguía!...
 Dios no lanzaba rayos ni centellas;
 ¡Ni siquiera temblaban las estrellas
 Ante el horror de mi blasfemia impía!...

Bajé la vista, silenciosa y triste;
 La torre de la iglesia descollaba...

También la sombra de la fe callaba...
 ¿A dónde está tu voz? Tú, que me diste,
 Para llegar á tí, libre albedrío,
 ¿No respondes ¡oh Dios!... Lento y sonoro
 El bronce resonó como un lamento,
 Y heló mis venas del terror el frío...

—¡Perdon!—gemí.—Señor, te oigo y te adoro;
 ¡Mas temo tu justicia!...—En tal momento,
 Brillante exhalación, del firmamento
 Cayó, como una lágrima de oro.

Sobrecogida de sublime espanto,
 Sobre la esfera transparente y bella
 Ví temblar, tras las olas de mi llanto,
 Una palabra tuya en cada estrella...
 Palabras de los cielos que venían
 Llenas de dulce fe, de eterna calma ;
 Palabras ¡ay! de luz que difundían
 La gloria del Señor dentro del alma.

Ante esa luz, purísimo destello
 De la antorcha que Dios lleva en su mano,
 Cual si el ángel rompiera el postrer sello,
 Despareció á mis piés todo lo humano...

La sombra de mi amor, que el pensamiento
 Cual imposible sueño perseguía,
 Como un ángel de luz se engrandecía

Sobre el sereno azul del firmamento,
 Como un ángel de luz que sacudía
 De sus alas el polvo de la tierra.

Forma divina, cuyo etéreo velo
 De las estrellas á la luz flotaba...
 La sombra de mi madre resbalaba
 Sobre el azul purísimo del cielo...

No más... no más dudar; yo seré fuerte.
 ¿Qué son, Señor, las sombras de la muerte,
 Cuando brilla la fe dentro del alma?

¡Madre del corazón, tú que encendiste
 Esta antorcha que alumbra mi camino,
 Si bendigo tu muerte y mi destino
 Los bendice la fe que tú me diste!

Léjos, léjos de mí la duda impía
 Y la negra blasfemia, que me espanta!
 Tú me abriste la gloria, én raudo vuelo,
 ¡Y cuando de seguirte llegue el día...
 Será tu tumba, venerada y santa,
 La piedra del Tabor, donde mi planta
 Se apoyará para subir al cielo!

Sevilla, Agosto del 79.



MADRIGALES.

TU NOMBRE.

I.

Soñé contigo en dulce desvarío,
Y despierta á los rayos matinales,
Escribí con el dedo en los cristales
Tu nombre sobre gotas de rocío;
Y al desgarrar el congelado velo
A la lumbre del sol, ví, cielo mio,
Que era tu nombre azul el mismo cielo.

TÚ Y YO.

II.

Yo soy la pobre flor que en el estío
Sobre el ardiente polvo se consume:
Sé tú la blanca perla de rocío,
Y yo te daré en cambio mi perfume.

Si es mar de llanto la existencia mia,
Tú eres rayo de sol; mírate en ella,
Y en tanto que amanece eterno día,
Si yo la noche soy, sé tú mi estrella.

MISTERIOS.

III.

Quisiera ver la gruta diamantina
A donde oculta el rayo y las centellas
El ángel que recoge las estrellas
Cuando el sol los espacios ilumina.
Y preguntar al alba sonrosada
Dónde guarda las perlas del rocío,
Y saber mientras duermes, ángel mio,
Dónde flota la luz de tu mirada.

IV.

Pasó de la tormenta el aquilon...
Ya te arrojé de mí, ya soy más fuerte
Que el mismo amor y que la misma muerte.
Ya estoy junto al volcan, y no me abraso...
Mas por verter la esencia estrellé el vaso:
¡Por olvidarte he roto el corazon!



RIMAS.

I.

Todo respira amor: la mariposa
Se sacia de perfumes y de luz;
Ebrios de aromas los insectos vuelan
Vacilantes, temblando en el azul.
Las ramas de los árboles se besan...
¡Qué más himno, Señor, que el mes de Abril!
¡Hasta en la charca resplandece el cielo,
Y hasta en el fango inmundo ama el reptil!
Cuando los cielos y la tierra brillan
Rebosando de músicas y amor,
Siento un dolor tan grande como el mundo:
¡Tengo celos de toda la creacion!

Abril, 1880.

II.

Hay un breve momento en la vida,
Que no es vida, ni sombra, ni luz;
Es penumbra de sueño y de aurora,
De rumores, de niebla y azul.

Breve instante en que el alma rebulle,
Sacudiendo del sueño el sopor;
Tras el párpado inmóvil despiertas
Las pupilas traslucen el sol.

Y al sentirlo, de léjos, el alma
Quiere al sueño tornar otra vez...
¿Qué es un día?... ¡la piedra de Sísifo,
La esperanza que vuelve á caer!

De la eterna cadena de sombras
Cada sol es anillo fatal
Que divide y anuda dos sueños.
¿Qué es dormir? ¿dónde está la verdad?...

Abril, 1880.

III. ✓

Cuando baja de los cielos
La luz que inunda al poeta;
Cuando la savia del mundo
Se precipita en sus venas;
Cuando ruedan por su mente
Como soles las ideas;
Cuando en éter impalpable
Vuela á Dios su alma deshecha,
Y en Dios palpita, en Dios vive,
Con Dios siente y con Dios crea;
Venid de un monton de siervos
A ofrecerle la diadema;
Venid á ofrecerle un trono
Cuando entre soles se asienta,
Y á precio de todo el oro
Que engendró el seno de América,
Pedidle de un pensamiento
La no desprendida perla;
Pedidle en su concha-madre
La informe y brillante idea;
Mas no forjadas con oro,
Que él en su orgullo desprecia,
Traedle coronas tejidas

Con el laurel que Dios riega
 Con lágrimas de los cielos
 Para triunfos del poeta;
 Traedle esclava de su genio
 La misma gloria que anhela;
 Y en tanto que de los cielos
 El hilo místico penda
 Con que engarza Dios los soles
 Con el alma del poeta;
 Miéntras que flote su espíritu
 Del infinito en la esfera;
 Miéntras la esencia del genio
 Libe en cálices de estrellas;
 Ni el mismo sol de la gloria
 Su inspiracion le compensa;
 Que entre Dios y el pensamiento,
 Entre el cáliz y la esencia,
 No cabe el reptil, envidia,
 Que el lauro humano envenena;
 Ni tiene voces la gloria,
 Ni ecos repite la tierra
 Cual las músicas recónditas
 Que al pensamiento despiertan,
 Ni hay auroras en los cielos
 Cual la aurora de una idea.

IV.

Realidad, terrible azote
 Del alma que mundos créa
 De ese eterno Don Quijote
 Que sueña su Dulcinea.
 Soñar... ¡donosa locura!
 ¡Soñar que un ángel se encierra
 En la pobre vestidura
 Que ha de podrirse en la tierra!
 Despertemos... —¿Qué es la vida?
 —Festin de cuervos hambrientos.
 —¿Y el alma?—Hambrienta rendida
 Que devora sentimientos.
 —¿Y el cielo?... —El espacio... nada.
 —¿Y Dios?—El vano anhelar
 De la humanidad cansada.—
 ¡Quiero volver á soñar!

V.

Yo he visto un ángel pálido de inmaterial belleza
 Que sobre el arpa de oro doblaba la cabeza,
 Como azucena mustia de viva nitidez;
 Apénas si escuchaba la voz de los querubes,
 Dejando, imperturbable, rodar astros y nubes,
 Cual desmayado en medio de tanta esplendidez.

Las lánguidas guedejas de sus cabellos de oro,
 De donde el sol naciente tomaba su tesoro,
 Mezclábanse á las cuerdas del arpa celestial,
 Y, á veces, conmovidas por invisible viento,
 De aquel beso de rayos formábase un lamento
 Más dulce que el suspiro del aura matinal.

¡Señor! dije á un Arcángel de faz resplandiente,
 ¿Por qué su rostro inclina? ¿Por qué dobla la frente?
 Acaso es ese Angel el Angel del dolor?
 Parece á un tiempo mismo la gloria y la agonía!—
 Nublóse del Arcángel la faz hecha del día,
 Y en voz que era un sollozo me dijo:—¡Es el amor!

VI.

Parad un punto la mortal carrera,
 Que me despeña del abismo al fondo.
 ¡Parad por compasion, horas impías,
 Que voy dejando el alma en los abrojos!
 No os escapeis así de entre mis manos,
 Momentos de la vida, que ambiciono...
 No te apagues, antorcha vacilante...
 Olas del mar, no me arrastreis tan pronto...
 ¡Que aún tengo yo en el alma todo un mundo!
 ¡No, todo un cáos, cuyo *fiat* ignoro!...

VII.

Sentado en lo más alto de los cielos,
 Miraba Dios tras los zafireos velos,
 Como en las ondas de impalpable mar,
 Las infinitas fases de los soles
 De nacar, de topacio, de arreboles...
 Sin término girar.

Espectros de planetas formidables,
 Multitudes de estrellas, innumbrables
 Como plebe de mundos rebullir;
 Constelaciones, máscaras etéreas
 Y lunas como vírgenes sidéreas
 Con nimbo de zafir.

En danzas parabólicas turnaban,
 Y en torno de los astros que giraban
 Desrollaba la noche su capuz;
 Pero, cuando de sombras se cubrían,
 Otros astros radiosos que volvían
 Les mandaban su luz.

Miradas encendidas, espectrales
 Destellos de las fases siderales

Que las nubes velaban en su tul,
 Miradas de los astros imponentes,
 Que rayaban cual flechas refulgentes
 El infinito azul.

.....
 Miraba Dios los astros impasible,
 Cuando un Angel, de faz indefinible,
 De un mundo entre las sombras le mostró
 Dos amantes que, ausentes, se adoraban
 Y una oracion y un beso se enviaban...
 ¡Y Dios se sonrió!

VIII.

Sobre una mesa de pino
 De blancos lienzos cubierta,
 Lecho y altar, más bien trono,
 Del alba en la primavera;
 Sobre montones de rosas,
 Que su palidez aumentan;
 De leves gasas ceñida,
 Que al sol naciente blanquean;
 Como el ángel en la nube,
 Como en la concha la perla,
 Dormida como en su lecho,
 Vestida como de fiesta,
 Yace una niña, tan pura,
 Cual de luna y sueños hecha.
 Como el astro de la noche
 Transparente, blanca, y muerta,
 Que algo del azul del cielo
 Tras su nitidez refleja,
 Perdió el color de la sangre,
 Savia que torna á la artéria,
 Trocó su carmin de rosa
 Por la palidez de estrella.
 Blanco espectro, en la penumbra

De los cielos y la tierra,
 Tiene del sueño del niño
 La inmaculada pureza,
 La ondulacion de la nube,
 La rigidez de la piedra,
 Lo escultural de lo inerte,
 Lo sideral de la niebla,
 La majestad del cadáver,
 La atraccion de la belleza.
 Transfiguracion y muerte,
 Luz que fué, sombra que llega,
 Crepúsculo de una vida,
 Difusion de luz etérea,
 Reflejos de un sol ya oculto,
 Reverberacion suprema,
 Sublime y postrer esfuerzo
 Del alma y de la materia
 Que aún no han roto el postrer nudo
 De la invisible cadena.
 La nube que en los espacios
 Desvaneciéndose vuela,
 La luz que en cercos espira,
 La moribunda cadencia,
 Que escalando el infinito
 Se escapan de nuestra esfera,
 Tienen, allá en lo invisible,
 Degradaciones inmensas,
 Con que la luz y el sonido
 A lo indefinible llegan...

Así entre el cuerpo y el alma
 Hay atracciones secretas,
 Leves, invisibles hilos
 Que unos tras otros se quiebran;
 Que en la creacion infinita
 Todo lo que acaba empieza.
 Sólo el afan del espíritu
 Pudo hacer la muerte eterna;
 Que esta mitad infinita
 Que se incarna en la materia,
 Quiere para su envoltura
 La eternidad que le espera,
 Y ansioso de perpetrarla
 El genio de la Edad Media,
 Sobre el cadáver de polvo
 Puso el cadáver de piedra.
 ¿Qué es el cadáver? El vaso
 Sin aroma y sin esencia,
 La lámpara sin la llama,
 La abierta concha sin perla..
 ¡Leve estatua de cenizas,
 Frente al viento que se acerca,
 Frágil espectro de polvo,
 Que un soplo de Dios dispersa!...

Sevilla, Noviembre de 1879.

IX.

¿Qué haré yo, si tú me dejas,
 Si mi existencia es tu amor?
 ¡Si mis versos son abejas,
 Es porque tú eres la flor!

Por en medio de la sombra
 Voy cargada con mi cruz:
 ¡Ni aún el Calvario me asombra
 Si eres mi rayo de luz!

Tú eres astro inextinguible,
 Yo su eterno girasol;
 Sin ese fuego invisible
 Tiene sombras hasta el sol.

Tú eres el prisma encantado,
 La nube de rosa y tul;
 ¡Sin tu amor está manchado
 Hasta el firmamento azul!

Si en mis labios la sonrisa
 Sobrenada á tanta hiel,

Es porque el alma sumisa
Bebe en tus ojos la miel.

Golondrina pasajera
Que el vuelo tiendes á Dios,
Si eres tú mi compañera...
Aguarda, iremos las dos.

La vida es péndola inquieta
Del reloj *eternidad*;
De una cadena sujeta
Se mueve sin voluntad.

¿Qué hará sin tí prisionero
De un mundo mi corazón?...
¿Sin tí el universo entero
Es una inmensa prision!

¿Si mueres, mi pensamiento
Se alzará como Luzbel,
Rodará del firmamento
De mis sueños el tropel!...

Yo, que siento en mí la duda
Como un titán rebullir,
Sin este amor que me escuda,
¿Qué haré, sino sucumbir?

¿Qué haré yo de tantas horas

Cuando estés lejos de mí?...
¡Noches serán las auroras,
Cuando amanezcan sin tí!...

¿Qué haré yo de tantos días
Disfrazados de arrebol,
Mientras sus ruedas tardías
Arrastre insensible el sol?

¿Qué serán sin tí las rosas
Ni las galas del pensil?
¡Mentiras las mariposas
Y un sarcasmo el mes de Abril!...

¡Sin tí, sola y aterida,
Se secará el alma en flor!...
Mas... ¿quién eres tú?—¡La vida!...
Qué es la vida?—¡Nada!... ¡amor!...

Sevilla, Abril de 1880

X.

Ni vivir puedo en tu ausencia,
 Ni vivo cuando te veo,
 Ni es del mundo este deseo
 Que consume mi existencia.
 Nieve soy en tu presencia
 Y volcan léjos de tí,
 Y es que tienes sobre mí
 Tal poder, que dudé al verte
 Si era el amor ó la muerte
 Lo que en el alma sentí.

Con tan demente ansiedad
 Llegó á tí mi corazon,
 Que tomó por ilusion
 Hasta la misma verdad...
 Cierto que la realidad
 Ante tí se desvanece ;
 Tu espíritu me parece
 Débil llama desprendida,
 Que á los bordes de la vida
 La eternidad estremece.

¿Cómo vivir en tu ausencia,
 Si no merezco el infierno,
 Que el deseo es fuego eterno

Y yo mortal existencia?...
 ¡Si he perdido la conciencia
 Del tiempo y de mi razon,
 Si es la vida mi prision!...
 ¿De qué sirve el albedrío,
 Si yo ya no tengo mio
 Ni mi propio corazon?

¡Si eres mi eterno ideal;
 Si tú tienes en tu mano
 Aquel salvaje milano
 Que afrontaba el vendaval;
 Si aquel águila caudal
 Que cuando el trueno rugia
 El ala enorme extendia
 Retando soberbia al rayo,
 Siente á tus piés el desmayo
 Precursor de la agonía!

¡Si pienso con tu razon,
 Si respiro con tu aliento,
 Si el tuyo y mi pensamiento
 Fundió en uno la pasion;
 Si duda mi corazon
 Dónde su huésped anida;
 Si dudé en la despedida
 Entre quedarme ó partir,
 Porque no sé definir
 Cuál es tu vida ó mi vida!...

XI.

¡Ay, ya no puedo más!... Se van cerrando
Las sendas de la vida para mí.
Era poco suplicio el de no verte,
Y ahora no sé de tí!

El espacio, ese foso de la ausencia,
No era bastante abismo entre los dos;
Vertió su ánfora el tiempo y desbordaron
Las horas sin rumor.

¡El tiempo, esa distancia de la vida,
Que es la misma existencia que se va...
La distancia, ese tiempo del espacio...
Terrible dualidad!...

Esas dos sombras forman esta noche
En que perdida y moribunda estoy,
La ausencia impenetrable, donde falta
Un alma en vez de un sol.

El tiempo y la distancia son las olas
Que forman la insondable eternidad,
La impalpable marea de la sombra
Que sube sin cesar.

Las olas de la sombra, donde nadan
Los monstruos de la duda y el dolor,
Que cual sangrienta presa se disputan
Mi pobre corazon.

La negra incertidumbre, que devora
Las entrañas que vuelven á nacer;
La duda, que á la sangre de la herida
Mezcla ponzoña y hiel.

El olvido, que brinda con su cáliz;
La locura, que alarga su puñal...
¡Los infinitos brazos de la muerte,
Que me quieren ahogar!

¡Triste ocaso de un alma, negra ausencia,
Más negra que la ausencia de la luz!...
¿De qué sirve ese sol que cruza el cielo
Cuando me faltas tú?

XII.

Ya mi madre dormia
 Su postrer sueño,
 Símbolo de pureza,
 Sagrado sello.
 Llevaba yo en mis labios
 Su último beso;
 Mi vida de la suya
 Sólo era un eco.
 Yo era el último rayo
 De un sol ya muerto;
 La estela de un espíritu
 Que cruzó el cielo.
 Mi vida era siíave
 Como un reflejo;
 Serena cual la lámpara
 Que arde en el templo;
 Triste como las luces
 Del cementerio.

 ¡Perdona, madre mia,
 Si tu recuerdo
 Troqué por esperanzas
 Que ya se han muerto!

XIII.

Aguarda, inspiracion, fiebre ó locura,
 Que corres como fuego por mis venas,
 Do el curso de la vida se apresura;
 No viertas de una vez tus urnas llenas
 De sueños, de embriaguez, de fantasía,
 Que puedo ansiosa recoger apénas;
 Conserva esos tesoros de poesía
 Para cuando mi sol toque á su Oriente,
 Que el himno vuela al despuntar el dia.
 Pero ¡en vano!... Hervorosa la corriente
 Confunde mis clamores y arrebata
 Sin formas los delirios de mi mente.
 Y allá va, como rauda catarata
 Que ronca se desprende de la altura,
 Mi canto, que á torrentes se desata...
 ¡Ay! ¡pero son torrentes de amargura!

XIV.

Trocándose en Otoño iba el Estío,
 Cuando al alma llegó la Primavera;
 Te ví y te amé con ciego desvarío.
 Te ví y te amé como la vez primera;
 Sentí los arrebatos indecibles
 Del alma al encontrar su compañera.
 Tus miradas de luz, indefinibles,
 Se cruzaron temblando con las mias;
 Y, cual si abrieran cauces invisibles,
 Pensamientos, delirios, fantasías,
 Corrieron al romper cárcel de hielo;
 Yo volaba á tu encuentro y tú venías;
 Y yo al sentirte apresuraba el vuelo,
 Como si cuerpo desligado fuera
 Que sintiera bajar su alma del cielo...
 Fué la primera vez... la vez primera
 Que en la vida mortal nos encontramos;
 Que yo sé que te he visto en otra esfera.
 ¿No es verdad que nosotros nos amamos
 Desde ántes de nacer?... ¡Se conocieron
 Nuestras almas apénas nos miramos!
 Y apénas nos miramos, ya no fueron,
 Al soplo del amor, más que una llama:
 ¡Tan pronto las miradas las fundieron!

Y como el fuego oculto más se inflama,
 Iba en ambos purísimo y latente
 Creciendo más y más. ¡Para el que ama
 Es el misterio de venturas fuente!...
 Nos dimos cita al fin... ¡Con qué agonía
 Sentí volar las horas por mi frente!
 También tiene su noche la alegría.
 Todo mi sér temblando te esperaba,
 Como la tierra al acercarse el día.
 ¡Tal la vida su ritmo aceleraba,
 Que pensé que bullente por mis venas
 Toda la luz del sol se derramaba!
 ¡Pero llegaste al fin!... Todas mis penas
 No podrán ofuscar en mi memoria
 Aquellas horas de infinito llenas!
 No fué la luz mezclada con la escoria,
 Que hace de la ilusión remordimiento;
 Nuestro amor era digno de la gloria!
 Yo aspiré, confundidas con tu aliento,
 Las notas de un celeste «¡Yo te amo!»
 Porque no se perdieran en el viento.
 ¡Y hoy las repito, cual postrer reclamo,
 A quien con tanto afán las repetía,
 Y con tu misma voz gimo y te llamo!
 ¿Cómo no me respondes, vida mía?
 ¿Cómo, si no tenemos más que un alma,
 No sientes tú también esta agonía?
 En el desierto erial vive la palma,
 Porque de otra recibe su existencia

¡Y tú puedes sin mí vivir en calma!...

No vida, más que vida era la esencia
Que nuestros corazones se enviaban
A través del abismo de la ausencia.

Nuestros dos pensamientos se cruzaban
Cual rayos de dos soles separados
Que distancias y nubes traspasaban.

¡Cuántos, cuántos tesoros derramados,
Y cuántos nos brindaban todavía
Los caudales del alma no agotados

Tú eras la fe, la luz, la fantasía;
Tú eras la inspiración, y yo la nota;
Yo era el ritmo no más, tú la poesía!

Hoy ya por el dolor el arpa rota,
Mueren sin eco mis dolientes versos,
Y huyen mis ilusiones en derrota.

Mis pobres pensamientos van dispersos
Cual náufragos perdidos, cuya nave
Sepultan en el mar vientos adversos.

Como herida y sin fuerzas rueda el ave
Que lejos mira el anhelado nido
Y espera sólo que su vida acabe,

La muerte anhela el corazón herido...
No es desesperación... ¡esas remotas
Glorias ya para siempre se han perdido!

¡No eran del mundo, no! ¡Yo bien sabía
Que después de exhalar aquellas notas,
Por su propia tensión las cuerdas rotas,
La lira del amor estallaría!...



VELADAS DE INVIERNO.

¡Adios, veladas de la infancia mía,
Noches de amor, no volveréis jamás!
Las que pasé á las plantas de mi madre
Dormida junto al fuego del hogar.
Jamás, jamás las implacables horas
Que, atados á su carro sin piedad,
Nos arrastran al fondo del abismo
Su carrera de muerte detendrán.
Ellas cruzan por cima de las flores,
Sin ver que las marchitan al pasar;
Mostrándonos la imagen de la dicha,
Corren, gritando siempre ¡más allá!...
Y nos arrastran por floridas sendas
Que nunca volveremos á pisar.

Aun recuerdo las horas de la infancia,
Más dulces porque nunca tornarán.
Ya se apagó el hogar, y las veladas
Que huyeron á su luz no vuelven más.
Náufragos restos del bajel perdido

Que á la playa arrojó la tempestad,
Somos dos aves que el sagrado techo
De la vejez cobija en su orfandad;
Planta sin flor junto al marchito sauce,
Mi pobre juventud pasando va;
Vivo de la esperanza y los recuerdos,
Y más bien que vivir esto es soñar.

Quando bajan las sombras de la noche
En torno del brasero de metal,
Do cual roja pirámide de oro
Arde el fuego sagrado del hogar,
Alredor de una mesa nos sentamos,
Do á Dios nuestras plegarias se alzarán,
Do en los libros, herencia de los genios,
La luz mi inteligencia buscará;
Que si es templo el hogar de la familia,
La mesa sobre el fuego es el altar.
Arde la blanca llama de la lámpara,
Prisionera en su cárcel de cristal;
Las sombras de la blanca porcelana
Cual un crespon á suspenderse van
Del techo, donde en medio de las sombras.
Se ve un rayo de luz juguetear;
Una estrella parece en las tinieblas
La luz que sube en cándida espiral;
El libro abierto de las santas vidas
La frente de la anciana va á besar;
Quizás vencida al peso de su nieve

La marchita cabeza inclinará.
Todo es silencio y calma en torno mio,
Y, en medio de la densa oscuridad,
Sólo velan las luces de mis ojos,
La lámpara y el fuego del hogar.
Rueda, á veces, la lluvia en los cristales,
Ó medroso retumba el huracan,
Y del reloj se escucha imperturbable
El corazon de acero palpar,
O, á veces, un suspiro con que anuncia
Que va vibrar su lengua de metal;
¡Parece que suspiran sus entrañas
Por las horas que dejan escapar!
¿Qué predicen tus ecos incesantes,
Heraldo de la negra eternidad?
¿No ves que con tu ritmo se acompasa
El de mi vida, que callado va?
No mezcles ¡ay! la duda y la agonía
Con mi tranquila y dulce soledad!

Vosotras, noches de tranquilas horas,
Que tan largas parecen á mi afan,
¿Volvereis otra vez á mi camino
Solitarias veladas del hogar?...
Quizá las que hoy lamento desgraciadas
Mi corazon un dia envidiará...
¡Tal vez llorando evocaré las sombras
De estas noches que nunca volverán!...

Sevilla, 1879.



PRESENTIMIENTOS.

Yo ví pasar la muerte, pálida y fría,
Segando flores, á mi lado mismo,
Y ví juntos rodar en el abismo
El viejo sauce con la flor de un día.
Mas nunca imaginó mi pesamiento
Que helar pudiera con su torpe aliento
El dulce pecho de la madre mía.

Una mañana pura, cual mis amores,
Luchaba yo en el lecho de los dolores.
De la florida Alhambra, por la colina
La luz se derramaba, clara y divina.
En la ventana abierta de mi aposento
Las hojas de los álamos besaba el viento,
Que del beso de otoño viendo los males
Se estrellaban marchitas en mis cristales;
Y á mis piés en arroyos que murmuraban
Las lágrimas del Darro se derramaban,

Cuando escuché unas notas, dulces, suaves:
—Ya ha pasado la aurora, no son las aves,—
Dije con voz doliente, que se apagaba,
A mi madre que, junto, por mí velaba;—
Y delirante, ciega, salté del lecho,
Y al soplo del otoño se heló mi pecho.

De macilentas hachas á los fulgores
Un ataud de nieve, cuna de flores,
Mecido por las manos de cuatro niños,
Ocultaba entre tules, cual los armiños,
Una niña, una muerta, quizá un querube,
Que pasó de las gasas entre la nube.
Al hallarme mi madre, pálida y fría,
Se abrazó á mí, diciendo:—¡Pobre hija mía!
Me tomó entre sus brazos, llevóme al lecho
Y me estrechó mil veces contra su pecho.
¡Cuántas lágrimas, cuántas, ¡ay! derramaba!
Me abrasaban la frente; yo no lloraba.
¿Y cómo?... Para lecho de mi agonía
Me quedaban sus brazos: ¡morir podía!

II.

Era una negra noche, de triste suerte,
Noche en que por vecina tuve á la muerte:
En vano busqué calma, con necio empeño;

Delante de la muerte ¿quién busca al sueño?
A la luz macilenta de los blandones
Huyeron, cual las aves, mis ilusiones;
Los blandones, que siempre velan despiertos,
—¡Los últimos que lloran sobre los muertos!—
Turbaron tu silencio, noche postrera,
Llorando congeladas gotas de cera.
Yo el ataud veía tras los cristales,
Y por tí, ¡pobre muerta! lloré á raudales.
Aun no sabré decirlo... ¿por tí lloraba?
¿Lloré porque la muerte mi hogar rondaba?

Cuando nació la aurora, triste, en Oriente,
Vino mi madre al lecho, besó mi frente;
Y al escuchar el eco del bronce santo,
Al oír del *Dies iræ* el triste canto,
Me dijo:—¡Para siempre deja su casa!
Ya se escucha el entierro, mira... ¡ya pasa!—
Yo alcé entónces los párpados, del llanto rojos,
Y, ardiendo, mis pupilas clavé en sus ojos;
Brillaban como el cielo resplandeciente;
Pero no sé qué sombra cruzó mi frente;
Y delirante, loca, me alcé del lecho
Y la estreché llorando contra mi pecho.
Y pensé: ¡tú no rompes tan dulces lazos!
¡Muerte, ven á arrancarla de entre mis brazos!

Pasó un mes, y mi madre se moria,
 Y yo exclamé, demente, en mi afliccion:
 —¡Ay! ¿por qué se engañó la madre mia?
 ¿Por qué no me engañaste, corazon?



LA ÚLTIMA JOYA.

De un palacio condal son las ruínas
 Hoy á mísero albergue consagradas.
 ¡Así las fortalezas olvidadas
 Prestan nido á las pobres golondrinas!
 Soberbio es el balcon, donde grabados
 Brillan los timbres de pasada gloria;
 ¡Ay, ya no guardan de ella ni memoria
 Los hijos de los nobles degradados!
 Soberbio es el balcon, régio en nobleza;
 Pero su mármol frio
 Se niega á dar albergue á la pobreza,
 Y rotos sus cristales,
 La lluvia, el sol, el viento y el rocío
 Penetran á raudales
 En su viejo salon mudo y sombrío.
 Allí del crudo Enero una mañana,
 En que el rocío se convierte en hielo,
 Muriendo está una anciana,
 Sobre unas pajas en el duro suelo.
 Muriendo está de hambre,—¡qué agonías!

Bajo aquel techo de marfil y oro
 Bebe el suelo las gotas de su lloro,
 Como bebió el licor de las orgías.

Allí una pobre niña, una paloma,
 Que va á dejar la muerte abandonada,
 Llora junto á su madre arrodillada
 Y á sus ojos temblando el alma asoma.
 ¡Ella quisiera darle, en su demencia,
 El soplo de su vírgen existencia
 En la divina luz de su mirada!

Y al ver que se moría
 Y la olvidaba el mundo, en su egoísmo,
 Pobre azucena al borde del abismo,
 La cabeza inclinó... ¿qué pensaría?...

Cual torrente de oro desprendido
 Rodaron por su frente los cabellos,
 Y el sol, compadecido,
 Rompió las nubes por mirarse en ellos.

En el roto dintel de su ventana,
 El tiempo compasivo, para espejo,
 Un cristal le dejó, que, tinto en grana,
 Con el beso de luz de la mañana
 Hirió su sien con tímido reflejo.

Y al levantar la niña la cabeza,
 Por tan santo dolor embellecida,
 Vió en él su cabellera desparcida,
 Y asombróle á ella misma su belleza,

Loca, transfigurada,
 Cual contempla el avaro su tesoro,

Miró el torrente de sus rizos de oro
 Y...—¡Madre!—prorumpió—¡ya estássalvada!

Levantóse... y al par se levantaron
 En su mente fantasmas tentadores,
 Mil recuerdos de dichas y de amores
 Que sus ojos de niña deslumbraron.

De un mancebo, que ausente idolatraba,
 Eran todo el encanto aquellos rizos.
 ¡Cuán bellos el cristal los retrataba!
 ¿Cómo perder, por siempre, sus hechizos?

Pero se oyó un gemido de agonía,
 Y moribunda se agitó la anciana;
 Y dejando la niña la ventana,
 —¡Perdon!—dijo llorando.—¡Madre mia!

Y junto al pobre lecho de rodillas
 Desgajaba el raudal de sus cabellos,
 Que besaban llorando sus mejillas
 Al caer cual las hojas amarillas.

Y,—¡Un pedazo de pan, bien valen ellos!—
 Exclamaba con triste desconsuelo.

—¡Ten, madre, para tí, la última alhaja!—

Mas de sus bucles al caer el velo,
 Cual rama que del tronco se desgaja,
 Vió un cadáver... y dijo:—¡Está en el cielo!
 ¡Le han servido mis rizos de mortaja!

Sevilla, Enero del 79.



¡SU ÚLTIMO DIA!...

Pasó la tempestad con que los cielos
Contemplaron gimiendo tu agonía;
De sus más puros transparentes velos
Vistióse el cielo azul de Andalucía:
Sus rayos derramaban los consuelos
Que insensata apuraba el alma mía,
¡Y tú tambien de la risueña aurora
Sentiste la impresion consoladora!

Juzgué reposo tu mortal desmayo,
Te ví impasible, y te creí tranquila,
Y envuelto entre la luz del sol de Mayo,
Que inundaba radiante mi pupila,
Bajó á mi alma de esperanza un rayo.
¡Esperanza fatal! ¡lumbre que oscila,
Como el rayo que alumbra la caverna,
Al borde mismo de la sombra eterna!

Bañaba el sol con resplandores rojos
La imágen de una santa Magdalena

Que trazó tu pincel, y yo de hinojos
 Ante el lienzo caí, de ilusion llena.
 Soñé ver de tus ojos en sus ojos
 La clara luz y la sublime pena;
 Velado entre las ondas del cabello
 Soñé en su rostro tu semblante bello.

Mintiendo vida el sol cruzó su frente;
 Pensaba que eras tú que embellecida
 Por la aureola de la luz naciente,
 Llena otra vez de sentimiento y vida
 Alzábaste de amor resplandeciente;
 Y al ver su cabellera desparcida
 Me pareciste tú, cuando llorabas,
 Que del lecho á rezar te levantabas.

Y entónces, con creciente desvarío,
 Trocóse en esperanza mi amargura;
 Loca extendí los brazos al vacío,
 Y un torrente de amor y de ternura
 Suspirante brotó del labio mio:
 No sé si fué oracion ó fué locura;
 Sólo sé que mezclados, repetía
 Dios, esperanza, amor y ¡madre mia!...

¡Ay! que fué aquella mi oracion postrera;
 Fué de mi alma el último gemido!
 Tú me enseñaste la oracion primera:
 ¡Te perdí para siempre!... y ya ¿qué pido?

Tu alma... ya goza en la celeste esfera,
 Y yo, demente, al ver que te he perdido...
 ¡Hasta pienso en mi loco desconsuelo
 Que con tu vida se rompió mi cielo!...

La postrera oracion... el postrer llanto
 De un alma aún en su inocencia pura,
 Despues de aquel dolor sublime y santo,
 En que vertí á torrentes mi ternura,
 Quedó sólo la hiel del desencanto,
 Las heces de mi caliz de amargura,
 ¡Caliz de la orfandad, de muerte lleno,
 Donde la sed se apaga con veneno!

Despues... despues... los cielos sonrientes
 No velaron su faz, ni la mañana
 Oscureció sus luces esplendentes.
 ¿Se goza Dios en la amargura humana?
 ¿O los cielos de luz resplandecientes,
 Vestidos de amaranto, azul y grana,
 Aguardaban, brillando de alegría,
 El alma pura de la madre mia?...

Conteniendo en los párpados el llanto,
 Que en onda amarga el corazon volvía,
 Penetré en tu aposento y... ¡con que espanto!
 Te ví en los brazos ya de la agonía!...
 De un crucifijo en el semblante santo
 Clavada estaba tu mirada fria...

Mas mi sollozo de dolor profundo
Te hizo de nuevo despertar al mundo.

¿Cómo pude apurar tanta amargura?
Tendido en negras ondas el cabello,
Envuelta en tu nevada vestidura,
De genio y santidad vivo destello,
La santa imagen de la Virgen pura
Con roja cinta suspendida al cuello,
¡Sobre tu frente, de tronchado lirio,
La aureola suprema del martirio!...

Temblando lo recuerda el labio mio
¡Si la muerte en los labios se bebiera
Como bebí aquel beso, intenso y frio,
En que envuelta me diste el alma entera!...
¡Con cuánto afan, mi amante desvarío
Ansiaba al confundir, por vez postrera,
Mi labio palpitante al tuyo inerte,
Darte mi vida y aspirar tu muerte!...

¡Fuí cruel, muy cruel!... ¡Con cuánto anhelo,
Fija la vista en Dios, transfigurada,
Gozabas de los justos el consuelo,
Al mirar entreabriese tu morada!...
¡Y mi sollozo te arrancó del cielo!...
Y al mirarme á tus piés arródiada,

Mi acerbo llanto renovó tu herida,
¡Y no quisiste ya dejar la vida!...

Y... ya no te ví más... despues... ¡Dios santo!
Despues ¡la muerte y su terror profundo!..
Despues... las olas de mi acerbo llanto
Desvanecieron á mi vista el mundo!...
Despues... la soledad, llena de espanto...
Y eternamente un duelo sin segundo!...
¿Por qué no estallas, corazon cobarde?
¿Cómo, si ha muerto el sol, vive la tarde?





ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
El ángel de las aguas.	1
El poeta.	9
En la muerte de S. M. la Reina doña María de las Mercedes de Orleans y Borbon.	13
Al mismo asunto.	15
Cantos de Ofelia.	17
Herculano y Pompeya.	21
A Roma.	27
A Florentina Amador de los Ríos.	33
El soñador.	35
El águila.	41
El tiempo.	45
La noche.	49
Madrigales.	59
Rimas.	61
Veladas de invierno.	85
Presentimientos.	89
La última joya.	93
¡Su último día...!	97



